

RESPUESTAS ACTIVAS Y COMBATIVAS: LA SATISFACCIÓN DE SUBVERTIR LOS ROLES

IMPUESTOS

Maite Arraiza Zabalegi
Del Grupo Farrukas, de Iruñea

*Queremos descubrir, de manera más exacta,
porqué el movimiento ha perdido su fuerza explosiva revolucionaria
y ha elegido el camino de la nueva interioridad.*

Rote Zora, 1981

*El contagio de capuchas puede estallar en cualquier punto,
en cualquier momento; se expande, contagia, colectiviza....*

FARRUKAS, 2015

La violencia machista, como tantas y tantas veces se ha explicado, tantas que estamos ya hartas, es estructural, lo atraviesa todo, la fomentan y legitiman las instituciones, tanto privadas como públicas, y está enmarañada con otros ejes de opresión. Aparte de su complejidad, por su simultánea sutilidad-brutalidad, su carácter tentacular, su omnipresencia en el consciente y, sobre todo, inconsciente colectivo, su normalización y legitimación, lo que está más que claro es que hay una tremenda falta de voluntad para erradicarla.

Muchas son las posibles y necesarias respuestas a esta violencia, pues ésta se manifiesta y se materializa de múltiples maneras. Y son muchas también, a pesar de que nos repiten continuamente lo contrario, las herramientas que tenemos para resistir, defendernos, responderla, combatirla y superarla. De entre ellas y junto a otras, apostamos por la autodefensa feminista, al igual que lo han hecho y lo siguen haciendo, aquí y en diversas partes del globo, un gran número de colectivos. Por citar algunos: las Sufragistas, Rote Zora (Alemania), Combahee River (EE.UU.), las feministas de las Black Panthers (EE.UU.), W.I.T.C.H. (EE.UU.), Valerie Solanas (EE.UU.), Femen (Ucrania), Pussy Riot (Rusia), Guerrilla Girls (EE.UU.), La Banda Gulabi (India), Unidades de Defensa de Mujeres (YPJ) (Kurdistan), Matarraska (Bilbo), Neskaltxa (Iruñea), Las Pipis Feministas (Gasteiz), Las Anacondas subversivas (Madrid), L`eix violeta (Barcelona), Bilgune Feminista (Euskal Herria), Medeak (Donosti) o FARRUKAS (Iruñea).

¿Por qué y para qué la autodefensa feminista?

Porque, además de la necesaria denuncia, vemos imprescindible dar una respuesta más directa a la violencia machista. Lanzamos un mensaje muy claro: ante una agresión vamos a defendernos, vamos a responder. No nos vamos a quedar paradas mientras vemos cómo la violencia golpea nuestras vidas. No vamos a esperar a que los agresores desarrollen una conciencia ética, política o de justicia, ni a que el sistema cambie. Vamos a responder desde ya. Aunque simultáneamente y por otras vías, pueda seguir haciéndose una labor pedagógica y de concienciación social.

Una de las aportaciones clave de la autodefensa feminista es que refuerza la idea de colectividad. Significa solidarizarnos entre nosotras, ponernos en el lugar de nuestras

compañeras y hermanas y responsabilizarnos, más allá de lo que nos sucede a cada una individualmente. Las agresiones contra mujeres y cuerpos no normativos son agresiones contra todas nosotras, contra la sociedad entera. ¿Cuándo se van a responsabilizar los diagnosticados como hombres? ¿Cuándo los agresores? ¿Cuándo la sociedad en su conjunto? Pero mientras tanto, como hemos mencionado anteriormente, una de las claves para combatir la violencia machista es estar dispuestas a responder no solo por nosotras, sino por todas y con todas, en colectivo. Si tocan a una, nos tocan a todas. Así, la autodefensa feminista implica crear una red de apoyo mutuo y de cuidados entre nosotras.

Y es que la impunidad del terrorismo heteropatriarcal es más que preocupante. La violencia contra las mujeres y cuerpos no normativos se considera normal. Los discursos que legitiman esta violencia y los que cuestionan las vivencias y las opiniones de la mujeres en general, y de las agredidas en particular, llenan páginas de periódicos y aparecen en los medios de comunicación de una manera alarmante. ¿Cómo no vamos a responder? El sistema es violento. La violencia es la realidad de nuestro día a día. Seis mujeres son asesinadas al año en Euskal Herria, semana tras semana hay noticias sobre violaciones en la prensa y aquí nadie declara ningún estado de alerta ni ningún estado de excepción. Ante esta violencia suele haber respuestas principalmente del movimiento feminista, pero la sociedad no reacciona en proporción a la brutalidad de ésta y es imprescindible dar una respuesta más acorde.

La autodefensa feminista implica también subvertir los roles de sumisión impuestos a la femineidad, lo cual, aparte de ser realmente útil, es profundamente satisfactorio. Al subvertirlos, respondemos también a la violencia simbólica. A las mujeres se nos educa para ser débiles, sumisas, pasivas, dóciles, formales, dulces, complacientes, apacibles, empáticas, y una larga lista de adjetivos que todas conocemos. ¿Cómo se consigue esto? Aparte de metiéndonos juguetes rosas y cuidados por vena, educándonos en el miedo. Esos “ten cuidado” constantes con los que nos bombardean desde niñas, no son sino mensajes que nos inculcan miedo, mecanismos de control que coartan nuestra libertad. Y esto es violencia contra nosotras. Por eso es importante y muy liberador responder a esta violencia atacando de raíz lo que la perpetúa, rompiendo el estereotipo de mujer indefensa y creando otra imagen de mujeres que pueden ser peligrosas y van a responder.

Se nos inculca el miedo y, encima, se nos niega la agresividad. Tenemos que reapropiarnos de ella, porque es una herramienta muy útil para responder, para poner límites, para decir que no, para hacernos respetar. Queremos y apostamos por transformar ese miedo en respuesta activa, afirmativa, combativa (sin creernos *superwomen*, ni obviar que somos vulnerables e interdependientes, ni más ni menos que los demás cuerpos que habitan el planeta). Por esto hacemos todo aquello que nos es negado: ocupar los espacios públicos, la noche y la fiesta vestidas de negro, encapuchadas, con antorchas, haciendo ruido, expresando rabia, fuerza, unidad. Cambiamos la imagen de mujer víctima, pasiva y sumisa por la de mujer activa, respondedora, combativa, porque somos conscientes de nuestro poder y de nuestra fuerza.

¿Por qué el lema “*El miedo va a cambiar de bando*”?

Porque dentro de ese “subvertir” está también subvertir la dirección y el significado del miedo, transformarlo. *El miedo va a cambiar de bando* es el lema que concienzudamente hemos elegido como estrategia política, sabiendo que es provocador y no conciliador, porque,

precisamente, el objetivo es generar debate. Esta consigna interpela al género masculino y amenaza al agresor. Si alguien se siente identificado, es que él es problema. Además, si de lo que se trata es de que los agresores dejen de agredir, bienvenido sea el miedo. Y por cierto: ante la feminización del miedo nadie se inmuta. Esta frase supone marcar un límite, lanzando un mensaje: vamos a responder. Y sí, amigos, la pérdida de poder y privilegios da miedo: he aquí el aporte pedagógico de la frase.

Es el sistema heteropatriarcal el que provoca miedo, el que ejerce una violencia brutal con total impunidad. ¡Sólo faltaría que no podamos defendernos y luchar! Pero, si respondemos, se nos cuestiona y castiga socialmente. Se nos penaliza y criminaliza si transgredimos los roles de feminidad impuestos. Sin embargo, como hemos explicado previamente, aquí está la clave de la cuestión y una de las claves también para hacer frente a la violencia machista: transformar ese miedo en respuesta activa, empoderada y combativa, en respuesta colectiva.

En este sentido, citamos unas frases de un artículo de Medeak, quienes en 2009 abrazaron la propuesta “reapropiarnos de las técnicas performativas de la violencia”:

Queremos recordarle al mundo que nosotras estamos en guerra contra el sistema heteropatriarcal, que no queremos su violencia y que creemos en la autorganización, y la producción de formas de lucha propias, queremos que el miedo se equilibre. Decir que también podemos ser temibles, exactamente igual que ellos, ni más ni menos. Necesitamos una ciudadanía que ante un pacto social esté en igualdad de condiciones y que no haya una gran mitad que tema a la otra. Por eso decimos que el miedo va a cambiar de bando.

Medeak, 14 de diciembre de 2015

Llegadas a este punto, recordamos la polémica generada este verano, sobre todo, en torno a esta frase. Valorando muy positivamente el debate generado y partiendo de la base de que ese era, precisamente, uno de los objetivos del lema, no es objeto de este texto reproducir el debate, ni analizar los argumentos que desde diferentes posiciones se han esgrimido. Pero sí rescatar alguno de ellos, por su carácter revelador, ya que dan buena cuenta de dónde y cómo seguimos estando. No son casuales, tampoco nuevos.

Nos encontramos así, nuevamente, ante la crítica constante a la mujeres por su imagen. Algo inventado hace mucho por el heteropatriarcado, que, curiosamente, se realiza en este caso también desde posiciones feministas. Y si hay algo que deja claro el llamamiento a la mani del 9 de abril de Gasteiz, es que hay muchas respuestas válidas y legítimas a la violencia machista. Que da igual si nos ponemos una peluca de colores, un tanga o un pasamontañas negro en la cabeza, que todo suma y nada resta, y que lo importante son las alianzas en la lucha contra la violencia machista.

El otro argumento es el que califica como violentas nuestra estética y nuestras acciones, también desde posiciones feministas. No deja de ser sorprendente hasta qué punto tenemos interiorizado el discurso heteropatriarcal, ese que niega la posibilidad de usar la violencia a las construidas como mujeres, el que niega la agresividad, siquiera para defenderse y responder. Tenemos tan interiorizados los roles impuestos de la feminidad, que deslegitimamos, criticamos y atacamos públicamente a compañeras feministas que los subvierten.

Dejando claro que, de momento, y en todo caso, las acciones que se han llevado a cabo suponen una performatividad de la violencia simbólica, es falso y falaz equiparar la violencia que se ejerce desde posiciones de poder con esta violencia simbólica. Y aunque no fuera simbólica, también sería falso, porque cualquier violencia desde un lugar oprimido será siempre una forma de respuesta, de defensa, de autodefensa feminista. Desde ahí adquiere total legitimidad el mensaje: no nos consideramos violentas, pero podemos responder de un manera violenta. Porque están asesinando a mujeres, porque son nuestras vidas las que están en juego.

Es preciso explicitar aquí la necesidad de realizar simultáneamente estos dos trabajos que, a primera vista, parecen contradictorios, pero no lo son:

Por un lado, reivindicar la posibilidad de que se nos asocie, a las que hemos sido construidas como mujeres, con la violencia (y con otras características que nos son negadas), se nos represente junto a ella y reivindicar también la posibilidad de usarla. De esta manera, como hemos repetido ya, desobedecer el mandato y subvertir los roles impuestos a la feminidad, pues son estos los que nos constriñen a la hora de desarrollar todas estas posibilidades. Así, reclamamos la visualización de mujeres y violencia.

Por otro lado, y al mismo tiempo, desasociar lo que hacemos de la violencia. Estamos hartas de que se denominen violentas nuestras acciones para, de esta manera, descalificarlas y descalificarnos. Hartas de que se nos castigue y criminalice socialmente por mostrarnos activas, respondedoras, combativas, por defendernos y luchar.

Por último, otras dos cuestiones clave, dentro de estas “claves para combatir la violencia machista”, alguna ya esbozada previamente, pero merece la pena por su importancia subrayarlas y ahondar en ellas:

Que una de las formas que la necesidad y reivindicación de dar una respuesta activa, de la autodefensa, de la subversión de los roles de feminidad impuestos, etc. haya tomado aquí y ahora sea la estética de color negro, las capuchas, las antorchas, etc. es una cuestión circunstancial. Ha surgido de manera autónoma, espontánea, radical y de la misma manera se ha ido contagiando, sin líderes ni directrices, ha ido tejiéndose y ampliándose la red. Está funcionando. Las acciones calan y el eco llega. Pero en el momento en que la puesta en escena no nos sirva y se vea la necesidad de inventar otra cosa, así se hará, porque si por algo se caracteriza el movimiento feminista es por una imaginación brutal y tenaz.

La segunda cuestión fundamental es la necesidad e importancia de alianzas y coaliciones. Por múltiples razones. Porque es necesario sumar, porque son fuerza. Porque el monstruo contra el que tenemos que luchar es enorme, tentacular, sutil y brutal, lo abarca y penetra todo. Porque como decíamos al comienzo, somos vulnerables e interdependientes, y necesitamos de las otras.

Un elemento muy importante de lo que implican las alianzas y coaliciones es no deslegitimar a las compañeras, ni a sus respuestas ni estrategias políticas. Respondemos como podemos, sabemos, queremos, las circunstancias nos permiten y todas las respuestas son válidas y legítimas. Con las estrategias sucede algo parecido, y sigue siendo necesario repetirlo: ir en tetas, ponerse una peluca de colores, una braga o un pasamontañas para luchar en contra de la violencia machista, todas suman y ninguna resta, y debemos aunarlas en la misma dirección. Se

pueden cuestionar y debatir entre nosotras, faltaría más, pero nunca deslegitimar, juzgar ni atacar públicamente. Por una cuestión ética y de respeto y, sobre todo, por una cuestión de efectividad e inteligencia en la lucha. La unión es la fuerza.

Por último, una reflexión para cerrar (o abrir debate):

“Si cambiáramos los modos de educación en la infancia, quizá modificaríamos lo que llamamos violencia de género. Siempre pensamos que las niñas pueden defenderse y no agredir. Seamos honestos: en una cultura de la guerra, no equipar técnica y prácticamente a un conjunto de la sociedad para ser capaz de acceder a técnicas de agresión cuando sea necesario es discriminatorio.

Busco alternativas radicales a la cultura de la guerra, y una es el acceso igualitario a las técnicas de la violencia. Toni Negri decía: hay que darle armas al pueblo, puesto que el Estado está armado. Yo diría: hay que darles armas a las mujeres, puesto que los hombres están armados.”

(P. Preciado, entrevista en El País, 13 de junio de 2010)

En Iruñea, febrero de 2016